

gada en los placeres sensuales y á la vez crédula y supersticiosa, que va á misa, pero es para enamorar, que cuando la muerte está por todas partes, no encuentra nada mejor que referir cuentos y entregarse á la alegría. Dirige continuamente sus tiros á la fidelidad conyugal y á la santidad monástica: es irreligioso en el Ciappelletto, deísta en el Melquisedec judío, y adula siempre á los viles egoístas; sus personajes ceden á la pasión sin aquel contraste que en el arte produce lo dramático, en la vida el sacrificio, y es la fuente del orden (1).

Tanto como agradó el Decameron á la sociedad bulliciosa, otro tanto escandalizó á los hombres serios, y Pedro Petroni, cartujo de Sena, en la hora de su muerte dejó á su compañero Joaquín Ciani el encargo de que fuese á exhortar á Boccaccio que volviese al buen camino. Este comprendió la razón, y dió mejor dirección á su vida y á sus escritos, recomendando que no se leyese sus cien novelas (2), y escribiendo en expiación versos religiosos; pero estos se hallan olvidados, y aquellas se conservan para escándalo y daño de los hombres. Se admira, sin embargo, la variedad de formas, de prólogos, de finales, de caracteres, ó mas bien de condiciones; pero entre tanta hojarasca en vano buscarémos el retrato de la vida y de la índole italiana, en vano la rapidez de la narración ó motivos para que se sostenga la curiosidad.

Ningun prosista habia puesto cuidado hasta entónces en el estilo, bastándoles expresar las propias ideas adornadas solamente con su sencillez, como si fuesen amigos que hablaban ingenuamente á sus lectores: forma tanto mas conveniente, cuanto que los libros eran en aquel tiempo, no tanto escritos dirigidos al público, cuanto confianzas domésticas y de país. Boccaccio quiso dar al estilo la magnificencia que no habia tenido al principio, y despojándole de lo que tenia de rancio y grosero, dió á los períodos número, gracia y movimiento variado, y una forma conveniente al objeto. Fué muy buen pensamiento; pero no conociendo bien la naturaleza de los idiomas,

(1) Hay diez novelas en disticos latinos (ap. LEYSER) de un tal Adolfo, que vivió en 1315, todas ridiculizando el matrimonio y refiriendo chocarrerías parecidas á las de Boccaccio. Por lo demás se ha demostrado que la mayor parte de las del Decameron son invenciones de otros. Algunos han querido purgarle y formar una coleccion de trozos para uso de los jóvenes; pero se ha tomado, como sucede comunmente, la inmoralidad por lascivia y quitando frases y narraciones repugnantes, se dejaron otras no ménos peligrosas. Se ha dicho que era necesario no darlas á leer sino á los que hubiesen hecho alguna buena acción en favor de la patria, es decir, que poquitos serian los que las leyese.

(2) Escribia á Mainardo Cavalcanti: « Deja mis novelas á los insolentes secuaces de las pasiones, que desean ser tenidos por todos como asiduos corruptores del pudor de las matronas. Y si no quieres perdonar el decoro de tres mujeres, perdona, libra á mi honor, si me amas lo suficiente para derramar lágrimas por padecimientos. Al leerlas me reputarán por torpe mediador, viejo incestuoso, hombre impuro y maldiciente y ávido de contar las maldades ajenas. No hay nadie que salga á decir para excusarme: « Lo escribí de joven, y fué obligado á hacerlo por órdenes que no podia desobedecer. »

y ateniéndose al latin, redondeaba los períodos de una manera demasiado aparente y ambiciosa. Consiguió tener riqueza, abundancia, armonía; pero en lugar de la nueva prosa lógica y clara como la de Dino y Villani, introdujo la confusión en los miembros y las trasposiciones, rechazadas por la lenguas modernas, que desprovistas de desinencias, requieren una sintaxis directa (1); é hizo despreciar la sabia moderación, la familiaridad franca y digna, la noble sencillez. El estilo rebuscado es siempre malo, decia Monti, y aquel decir pomposo no se aviene con la ligereza de las materias tratadas por Boccaccio; por lo cual parece verse salir de la afectada toga romana el canto del trovador ó la vara del juglar. Ojalá no nos tachen de atrevidos los antiguos y nuevos pedantes, si ateniéndonos á nuestra misión de nuevos historiadores, aseguramos que Dante habia iniciado los nuevos tiempos, y Petrarca y Boccaccio retrocedieron hácia los antiguos; que aquel era original, estos imitadores; aquel bíblico, estos clásicos; que aquel agitaba á su patria, y estos la adormecian.

Los imitadores de Boccaccio rechazaron la naturalidad de los pensamientos y de la expresión, y esta ha sido una de las causas por que faltaron en Italia la comedia y la novela, y cuesta tanto trabajo á los modernos el encontrar ejemplos de sencillez. ¡Y si fuese solo gramatical el daño! pero además ha incitado ó disculpado á nuestros contemporáneos de fomentar un género de literatura altamente inmoral, como son los cuentos.

En las *Cien novelas antiguas*, de las cuales alguna fué escrita poco despues de la muerte de Eccelino, está pintada en estilo sencillo la vida de aquel tiempo, « recordando algunas flores de la conversacion, graciosas galante-rías, bellas respuestas, bellos rasgos de valor, bellos regalos y bellos amores, segun lo han hecho muchos en los pasados tiempos. »

El Florentino Franco Sacchetti, que era togado y comerciante, siguió las huellas de Petrarca en las poesías amorosas, y las de Boccaccio en las novelas: tiene un estilo mas corriente, aventuras mas originales y pintorescas, aunque inferiores en el enredo y en la viveza. Dejando aparte aquellas miserables ridiculeces é insustanciales reflexiones, retratan la vida de entónces aquellas graciosas palabras dichas sin intencion: allí se ven cortesanos que consiguen regalos á fuerza de hacerse importunos; alegres posaderos que se burlan de los que no usan las palabras en su propio sentido; ridículo y risa hácia los magistrados ignorantes ó avaros; la fanfarronería de aquellos soldados alemanes con nombres caprichosos; la tacañería de los emperadores que vivian en

(1) Baretto rechaza aquellos períodos que « tienen tres millas de terreno, y dice que el lenguaje usado por Boccaccio es muy bueno en su mayor parte y muy mala la mayor parte de su estilo. »

Italia sin dinero: el que promoviesen pleitos los que habian estudiado leyes, por lo cual uno de Metz se admira de que Florencia no se halle destruida con tantos jueces, siendo así que uno solo habia bastado para arruinar su patria; en fin, aquella vida activa, pública, agitada, industriosa, de gente que no habia respirado aun los miasmas de la opresión pacífica.

1378. En la pureza del lenguaje, propiedad de las palabras y gracia de estilo, se compara con los escritos de Boccaccio el *Pecorone* de Juan Florentino, donde supone que Aurette, enamorado de Sor Saturnina, se hace fraile, y llegando á ser capellan, conviene con ella en pasar el tiempo en el locutorio contando un cuento cada uno; así llegan á cincuenta, históricos la mayor parte, expuestos con sencillez y ocultando en ellos las ideas algo libres. Pero en general, á los novelistas de aquel siglo les falta la ligereza y la precisión y el carácter ingenioso que se adquiere tratando mucho á los hombres, y frecuentando la sociedad escogida.

1383-1446. Mas alabanzas merece Ángel Pandolfini de Florencia, hombre versado en la diplomacia, que en los últimos años de su larga vida escribió para sus hijos el tratado del *Gobierno de la familia*, preceptos de economía y de moral ajustados á la vida de aquella época, y expuestos con grandísima propiedad (1).

CAPÍTULO XXIX

Estudios clásicos.

Al ver tanta grandeza hasta en sus primeros principios, ¿quién no hubiera dicho que la nueva literatura estaba para lanzarse en un camino propio, enteramente distinto del antiguo? No obstante, ha sucedido todo lo contrario, y el entusiasmo de la erudición ha detenido el vuelo del genio moderno. No Dante, que solo de nombre conoció la mayor parte de los clásicos, sino Petrarca y Boccaccio, habian hecho grandes esfuerzos para resucitar la literatura antigua, y si bien esta perfeccionó el gusto, hizo que Petrarca esperase gloria de sus versos latinos, y que Boccaccio introdujera aquellos períodos, extraños á las lenguas modernas. Fué de los primeros que cultivaron el griego, lengua que despues fué difundida por los que huían de la cimitarra de los Turcos. Con dificultad creo á Filelfo, que dice que el vulgo hablaba aun en Constantinopla la áurea lengua de Aristófanes y de Eurípides, y los literatos y las señoras la de los historiadores y oradores (2); de seguro se habia alterado completamente la pronunciación: él mismo halló en Peloponeso un lenguaje « corrompido, que nada tenia de aquella antigua Grecia; »

(1) Ahora, sin embargo, le ha sido arrebatado aquel libro para atribuirselo al ilustre arquitecto Leon Bautista Alberti.
(2) Ep. del 1451.

y Coluccio Salutato dice (1) que se habia traducido á Plutarco del griego antiguo al moderno. ¡Con cuánto provecho se hubiera podido, sin embargo, aplicar á la explicación de los clásicos una lengua que todavía vivía! tanto mas cuanto que el clero, que no tomaba parte en el gobierno y en las guerras, como los señores feudales de Europa, podia ocupar sus ocios en las letras y en la enseñanza; y que la delicadeza de las cuestiones que se agitaban, obligaba á cuidar escrupulosamente del lenguaje.

Pero ni del lenguaje ni de nada se cuidaron; á los autores profanos no les permitian atender á él las disputas de escuela; y acaso perecieron entónces los líricos, dóricos y eolios, por ser ininteligibles para los copistas: además, aquellos doctos cultivaban generalmente la literatura clásica como ciencia muerta, así es que no dió frutos hasta que pasó á Italia.

Nunca habia faltado quien supiera el griego, aunque solo fuese como lengua litúrgica, entre los monjes de San Basilio; despues se principió á estudiar con objeto determinado cuando se trató de reunir la Iglesia Oriental con la nuestra. El Calabres Barlaam, monje del Monte Átos y gran partidario del cisma, que fué de embajador á Constantinopla, enseñó aquella lengua á Petrarca sin gran provecho. Leoncío Pilato, su compatriota y discípulo, fué hospedado en Florencia por Boccaccio, que le indujo á traducir á Homero, trayendo de Oriente un ejemplar con grandes gastos, haciendo luego que los Florentinos fundasen para él la primer cátedra de aquella lengua. Con mejor fortuna enseñó allí y en otras partes Manuel Crisolara, que llegó á ser orador del emperador Manuel; despues llegaron allí una multitud de Griegos, á medida que su patria iba cayendo en poder de los musulmanes. Teodoro Gazza fué desde Tesalónica; luego Jorge de Trebisonda, Juan Argiropulo, Demetrio Calcondila y Juan Lascari, de estirpe real. Como no llevaban otros bienes que el conocimiento de los clásicos, trataron de exagerar su importancia y declarar bárbaro todo lo que no tuviese relacion con ellos, despreciando hasta el latin; por lo cual el siglo de las creaciones hizo lugar al de los retóricos y gramáticos.

Mas notables eran los hombres que asistieron al concilio de Florencia, donde se pusieron á discusión importantes cuestiones platónicas, y Bessarion, nombrado cardenal, se estableció en Italia, acogió á los Griegos recién llegados, y reanimó la afición á Platon, el cual fué explicado en Florencia por Jorge Gemistio Ple-ton, y estudiado por una academia. El camaldulense Ambrosio encontró en Mantua, á principios del año 1400, niños y niñas que sabian el griego, y la hija del marques, de edad de ocho años, conocia la gramática de esta lengua (2). La primera cátedra de literatura latina

(1) MEHUS, p. 294.
(2) In *Odepor*.

fué desempeñada (1397) por Juan de Rávena, discípulo de Petrarca.

Cuando se hubo refinado el gusto, nuestros literatos le emplearon, ya en buscar autores perdidos, ya en imitarlos; puede por tanto decirse, que en Italia y por los Italianos fueron descubiertos todos los clásicos. Petrarca encontró en Arezzo todos los de las Instituciones de Quintiliano, algunas oraciones de Ciceron, las tres primeras décadas de Tito Livio, y anduvo buscando las otras, temiendo no estuviesen perdidas con Virgilio por inercia de los hombres; recordaba que siendo pequeño habia visto los libros *De las cosas humanas y divinas* de Varron, y cartas y epigramas de Augusto, escritos que no son desconocidos. Nada pedía á sus amigos con mas insistencia que alguna obra de Ciceron, y con objeto de encontrarlas, enviaba súplicas y dinero á Italia, Francia, Alemania, Grecia y hasta á España y á Bretaña. ¿Cuál sería su alegría cuando en Lieja, ciudad enteramente dedicada al comercio, encontró dos oraciones de aquel, y en Verona sus cartas familiares! Despues Crotto le envió desde Bérgamo las *Tusculanas*; Raimundo Soranzo, el tratado *De gloria* que prestó á Convevole, y que no volvió á poseer ni él ni la posteridad: Nicolas Sigéros le mandó desde Constantinopla un Homero en griego. Boccaccio se arrastraba por los suelos de los conventos buscando libros, y por economía ó por gusto los copiaba de su puño. « Me contó mi venerable maestro Boccaccio de Certaldo (dice Benvenuto de Ímola) que fué al noble monasterio de Monte Casino, y deseoso de ver los libros, que habia oído decir eran muy escogidos, rogó á un monje que le abriese la biblioteca. Este le respondió con sequedad, enseñándole una escalera: *Subid, que está abierto*. Subió lleno de alegría, y encontró el lugar que contenía tal tesoro sin puerta ni llave, y habiendo entrado, vió que nacia la yerba en las ventanas, y los libros y los estantes enteramente cubiertos de polvo. Admirado de aquel espectáculo, principió á abrir ya este libro, ya aquel, y encontró muchos volúmenes antiguos y raros, á algunos de los cuales les habian arrancado cuadernos, otros tenian recortadas las márgenes y otros estaban estropeados de distintas maneras. Entristecido de que las fatigas y los estudios de esclarecidos ingenios hubiesen ido á parar á manos de gente tan ignorante, salió de allí con los ojos arrasados de lágrimas. Y encontrándose á un monje en el claustro, le preguntó, por qué libros tan preciosos estaban tan indignamente mutilados; á lo que le respondió que algunos monjes, para ganar dos á cuatro sueldos, arrancaban un cuaderno y hacian de él libritos para vendérselos á los niños, y con las tiras del márgen hacian relicarios que vendian á las mujeres. Ahora vé, hombre estudioso, y rompete la cabeza para hacer libros (1). »

(1) Comentario al canto XXII del *Paraiso*.

Poggio Brocciolini de Florencia, que asistió al concilio de Constanza, encontró muchos libros en el monasterio de San Gal « en una especie de » carbonera oscura y húmeda, donde se hubiera » tenido reparo en arrojar á un condenado á » muerte, » entre ellos ocho oraciones de Ciceron, las Instituciones de Quintiliano, Columella, parte de Lucrecio, tres libros de Valerio Flaco, Silio Itálico, Amiano Marcelino, Tertuliano y otros que no se han vuelto á ver, y dió el medio de descubrir en Alemania doce comedias de Pláuto (1). Despues Gasparino Barziza encontró el *Orador* de Ciceron; no se sabe quién las cartas á Atico; Gerardo Landriano en Lodi los libros de la *Invencion* y los dirigidos á Erennio; en Paris se adquirieron las cartas de Plinio el Joven, en Alemania las églogas de Calpurnio y Nemesiano; Tomas Inghirami de Volterra descubrió en Fobbio el viaje de Rutilio Namaciano.

Un códice era tenido en grande aprecio, y una biblioteca como una cosa suntuosa: Melchiorre, librero de Milan, pedía diez ducados de oro por una copia de las cartas familiares de Ciceron: ciento veinte pagó Antonio Panormita por una de Tito Livio, con cuyo objeto vendió una casa de campo: Tomas de Sarzana, que luego fué papa, las compraba á crédito y pedía prestado para pagar copiantes y miniadores: Petrarca se quejaba de que en todo Aviñon no se encontrase un Plinio. Escogida debía ser la biblioteca de este, que la cedió con escaso provecho á la república veneciana; á la biblioteca de San Marcos sirvieron de principio los libros que el cardenal Bessarion dejó á Venecia, « ciudad regida por la justicia, donde reinan las leyes, » la sabiduría y la propiedad, gobiernan y habitan las virtudes, la dignidad y la buena fe. » Cosme de Médicis, al emigrar á esta ciudad, dejó la suya al convento de San Jorge; despues en Florencia, con su librería privada, la biblioteca Lorenzana. El Florentino Nicolas Nicoli competía con él, segun su fortuna, en reunir libros, y tenia ochocientos volúmenes entre griegos, latinos y orientales, copiándolos él mismo, arreglando y corrigiendo los textos maltratados por los amanuenses, por lo cual le llamaron padre de la crítica; dejó aquellos libros para uso del público, y fueron colocados de nuevo en el convento de Dominicos de San Marcos, cuya biblioteca fué el modelo de las sucesivas. Lastimándose Coluccio Salutato de la destruccion de los códices, propuso que se formasen bibliotecas públicas, dirigidas por doctos que discerniesen las mejores lecturas, é hizo que Roberto de Nápoles adquiriese una. Otros señores siguieron su ejemplo, y se hace mencion de un tal Andres de Ochis, natural de Brescia, que hubiera vendido sus bienes, su casa, su mujer y aun á sí mismo, para añadir nuevos libros á los muchos que poseía. El Siciliano Juan Aurispa, secretario que fué de Eugenio IV; Juan Malpaghino de Rávena, el escritor mas correcto

(1) STEPHENO, *Vida de Poggio* (en ingl.).

despues de Petrarca; Guarino de Verona, que tuvo escuela en muchas partes, y comentó los autores antiguos é hizo muchas traducciones poco felices del griego, fueron gramáticos de fama. El diccionario bibliográfico (*De originibus rerum*) de Guillermo de Pastrengo, Verones, amigo de Petrarca y embajador del papa, supone inmensa lectura, aunque es inexacto, particularmente en el apéndice sobre los fundadores de ciudades é inventores de las cosas.

Ambrosio de los Angeles Traversari, general de los Camaldulenses, amigo de Eugenio IV y su legado en Basilea, tradujo mucho del griego y escribió sus propios viajes (*Hodeporicon*). Francisco Bárbaro obtuvo cargos elevados en Venecia y embajadas á los grandes personajes; gobernaba á Brescia cuando fué sitiada por Piccinino, y no obstante tenia tiempo para dedicarse á las letras y para sostener correspondencia con los hombres mas grandes de su tiempo. Ermolao Bárbaro hizo una edicion de Plinio, corrigiendo en ella cinco mil errores; ¡pero cuántos dejó todavía! Gasparino Barzizia, natural de Bérgamo, llamado por Felipe Maria Visconti para que enseñase, tuvo de Ciceron la perfeccion y un lenguaje siempre culto, períodos rotundos, y buena disposicion de palabras.

Filelfo.
1398-
1481.

Tuvo por discípulo á Francisco Filelfo de Tolentino, uno de los mas célebres y atrabiliarios de su época. Siendo secretario del bailío veneciano en Constantinopla, se casó con una hija de Juan Crisolara; no habia cumplido los veinte años, cuando fué llamado para que enseñase elocuencia en Padua y luego en Bolonia, Milan, Florencia y Pavia; Manuel y Juan Paleólogo le nombraron embajador en las córtes cerca de Amurat II y del emperador Sigismundo.

Escribió treinta y siete libros de cartas, sátiras y otras obras, con las cuales y con su presuncion se creó enemigos implacables. Tomó parte tambien en las sectas políticas, y mientras otros aceptaban las favores de los Médicis, él los combatió hasta el punto de pagar asesinos para que matasen á Cosme, como se habian pagado tambien para matarle á él. Se fué luego con Francisco Sforzia; pero como no pudiese avenirse con él, recibió en Roma algunos favores de Nicolas V, y despues en Nápoles fué nombrado por el rey Alfonso caballero y poeta. Cuando Pio II le dejó de pagar la pension que le habia señalado, blasfemó del papa y del papado, llegando hasta intentar marcharse con Mahomet II, que conmovido con una oda suya, habia dejado en libertad á su suegra y á dos hijas que estaban presas en Constantinopla. En medio de tantos honores y pensiones no dejaba de lamentarse, é iba de un príncipe á otro, inquieto, insaciable, dedicando obras á unos y á otros, instando con cartas que le diesen dinero, injuriando á los que se negaban ó tardaban en dárselo, y asegurando que « no puede haber » en esta época otros Filelfo, y ya sabéis que » en esta época nadie puede compararse conmigo en mi arte. »

Fueron famosas las disputas habidas entre Poggio Bracciolini y Lorenzo Valla. El primero fué secretario del papa por espacio de medio siglo con un corto sueldo; despues escribió la historia de Florencia, un libro de bufonadas lleno de asquerosas obscenidades y tratados morales mas bien que políticos sobre la nobleza, sobre las desgracias de los príncipes y la inconstancia de la fortuna, siendo escritor robusto y juicioso. Criticado por Valla en cinco sátiras, le lanzó los mas grandes insultos que puede decir un hombre, y Valla le replicó en verso dirigiendo sus *antídotos* (lo cual es muy extraño) á Nicolas V, que no calmó la ruda contienda. Tambien tuvo furiosas disputas con otros gramáticos de entónces, dando con esto un triste ejemplo de aquellas, cuyo repugnante espectáculo renuevan á cada instante los mesnaderos de la literatura.

Poggio.
1380-
1429.

Con ménos talento que su competidor, pero con mas erudicion gramatical, Valla suscitó dudas muy extrañas en aquel tiempo; declaró falsa la donacion de Constantino y la carta que Cristo dirigió al rey Abgar, que los Apóstoles no habian compuesto cada uno un artículo del símbolo; puso en el Nuevo Testamento notas bastante severas contra la Vulgata, fundando sus explicaciones en la lengua original. Lanzaba dísticos y sarcasmos contra los cardenales y los grandes que tardaban en hacerle un favor, y contra la ambicion de la corte romana, de modo que creyó necesario salir de Roma y refugiarse en Nápoles, donde abrió una escuela de elocuencia. Pero habiendo vuelto á llamarle Nicolas V, le dió en persona cincuenta escudos de oro por haber traducido á Tucídides, y el título de canónigo y escritor apostólico. Su tratado de *Bellezas de la lengua latina*, que fué reimpresso, traducido, compendiado, comentado y hasta puesto en verso, contiene reflexiones acerca del modo de escribir, y buenas reglas respectó de la sintaxis, de las inflexiones, y principalmente de la sinonimia. En la práctica demostró que sabia mejor el significado de las palabras que colocarlas en buen estilo, y por un exceso de pureza rechazó frases cuya perfecta construccion no podia rechazarse. Escribió tambien cuatro libros de invectivas contra Bartolomé Fazio, el cual contestó con otros tantos.

Nada diré de Pedro Pablo Vergerio de Capodistria, historiador de los Carraresi y maestro de Lionel de Este; de Carlos Marsupini de Arezzo, secretario de la república florentina; ni de Antonio Panormita, poeta coronado por el emperador Sigismundo, el cual dedicó á Cosme el *Hermaphroditus*, una coleccion de epigramas extremadamente obscenos, rechazados por los monjes y buscados por los curiosos. Peroti, obispo de Siponto (*Cornucopia, sive linguæ latinæ commentarii*), explicó muchas voces latinas, para lo cual estudió las obras de Marcial. Cristóbal Landino, secretario del gobierno de Florencia, escribió poesías y

Valla.
1406-57.

1424-
1504.